



Artículos y Ensayos

**TODOS LOS FUEGOS, EL JUEGO (ESCOLAR) QUE ARDE
A PROPÓSITO DEL BULLYING**

MARÍA VICTORIA RÍOS

“En tiempos donde nadie escucha a nadie,
En tiempos donde todos contra todos,
En tiempos de egoísta y mezquinos,
En tiempos donde siempre estamos solos...”

(Páez, 1998)

Los unos **y** los otros. Los unos **sin** los otros

El primer enunciado podría leerse como el manifiesto consonante a la idea princeps que desempeña la organización en que se resuelve la modernidad, el establecimiento de delimitaciones, de diferencias. Desde un ángulo, las ominosas expectativas que dibujan aquellos que bregan el porvenir de la ilusión concentrada en torno al imperio de la razón. Al otro lado del camino, ofrecían batalla quienes profesaban la ocurrencia socrática, procurando abstenerse de todo ejercicio previo de tal zona de desconocimiento, presagiando la descentralización, preparando el terreno para el advenimiento del giro paradigmático que significó el planteo freudiano, que al emerger de las consabidas profundidades, inauguraba un sistema de pensamiento que ponía en jaque las conquistas obtenidas con los presupuestos cartesianos.



A título de primeras consecuencias, estas referencias ya establecían dominios, comunidades diferentes tanto para los unos como para los otros. Estas divergencias cimentaban regímenes de abordaje radicalmente opuestos. En los tiempos de los unos y los otros, todavía se narraba una historia en la que no eran inmunes a las influencias mutuas. Se construían relatos, se abrigaban ideales.

En el siglo que nos aloja, nos encontramos los unos atrincherados en nuestra mismidad, justificando dicha reclusión en la precaución higiénica de no volvernos otros. Tal vez podríamos decir que el viento sopla a favor de los unos, de los unos *sin* los otros. Viví el presente, reza el imperativo agiornado a los tiempos que dicta la soledad. Denuncia un desconocimiento, -“...y lo más resbaladizo, es creernos sin memoria” (Cerati, 1992)-puesto que el presente está lleno de pasado, de una historia (con el otro) que lo precipitó tal, que lo constituyó, que le instituyó una existencia-con toda la gravedad que soporta esta noción en términos filosóficos-. Lo que lo hizo perder su ser en un registro, para advenir otro a nivel de la representación lingüística. El impacto de la realidad que nos circunda es sopesada en la balanza de nuestras representaciones psíquicas, y como tales no surgen ex nihilo sino causadas en ocasión de nuestras experiencias performativas con el otro. Así las cosas, registramos en una memoria pretérita, aquellas impresiones del ser con los otros, lo cual siempre opera en tanto obstáculo epistemológico (Bachelard, 2014) para ser en el presente con el semejante, con el diferente, con el otro. No tan otro cuanto me @fecta, cuando in-fecta- Es así que somos hablados desde el Otro, formateados para decodificar la realidad coyuntural en que transcurren nuestros días. Por ello, seguir sosteniendo el espejismo del “self”, del individualismo sin otrismo, no puede más que



hacer estallar esa falacia a la que no podemos otorgar más créditos que los ya inmerecidos.

La tragedia que denuncia la posmodernidad pega el alarido que descolla en un horizonte para el cual el otro no existe, en el cual el otro no escucha, no @borda, no borda, no zurce como diría Bráunstein el tejido desgarrado de la historia. La perversión es la propuesta cuyo imperativo sadeano espeta: haz lo que te venga en ganas aunque ello implique arremeter contra el otro, rebajándolo a objeto, manteniéndolo en límite mismo de su desubjetivación. Lo único que importa es que te excedas, que con tu acto, te desubiques, fuera de sede, desregulado. En tanto objeto no tienes nada que perder, argumenta. Para este Otro que le habla, de entrada, antes que se arriesgue en su jugada, ya está perdido, auto @rrobado de la posibilidad de producir un lazo con el otro. Creyendo burlar la ley que regula la deuda simbólica, no hay promesa de amor en el retrato selfie de “su” deslizamiento por el mundo. El perverso, al decir de Lacan, es el que pierde cuando gana. Al usar y abusar del otro, no ofrece su falta, solo puede inmolarse en el exceso. Es un abusado por el discurso del Otro que es un renegado, cuando no sodomizado. Le venden espejitos de colores y se lo adula con la finalidad de que su vida toda sea ofrendada a sostener al Otro exigente. Este pobre sujeto es funcional al sistema todo, es un producto del discurso de la modernidad. Galardonado como pocos, saca buenas notas para las expectativas del Otro. Aunque ficciona la posibilidad de autodeterminarse, se conduce, indefectiblemente con relación a otro.

Tal las cosas, que fantasear con un mundo feliz, en el cual los unos se autogeneran, se engendran, sobreviven a un otro de la cultura, es de una realidad virtual espeluznante. Una virtualidad desubjetivante, esto es, no enlazante, desprovista de deuda



simbólica, en la que los unos sin los otros juegan el juego de las máscaras venecianas que otrora Stanley Kubrick llevara a la pantalla grande en su trabajo de 1999. A esta representación le va en saga la impostura de un Otro que reniega de la barra. Así las cosas, el fuego arde en sus brazas y los bomberos son llamados a paliar ese “juego” que quema entre los muros escolares. Ese ejercicio sistemático de la violencia es un ardor que no lograr pacificarse si lo localizamos estratégicamente en el mal designado “bullying”. Importación extimia y funcional para el Otro de la violencia. Consideración que habla en Otro idioma, un extranjero, y como tal, muy otro. Su nacionalidad responde a dominio anglosajones, en los que se dirime el terrorismo a gran escala, la expropiación de realidades otras, y bajo el estandarte de la lucha por la paz, se bombardean al enemigo, que casualmente posee reservas petrolíferas; y en cuyas instituciones que imparten pedagogía, los unos disparan a quemarropas a los considerados otros. “Son los sistemas comunitarios más preocupados por la seguridad de los propios los que han generado los más grandes actos de violencia” (Sztajnrajber, Darío). En toda extrapolación es posible denunciar un resto concomitante a dicha operación. ¿Esto admite ser pensado en tanto violencia escolar? ¿No resultaría menos engañoso, dar un paso al costado ante semejante atolladero a fin de esgrimir un análisis que escape a la coyuntura en la que se pronuncia la emergencia de nuestra atención? ¿No sería más atinado pensar la violencia que tiene lugar en las escuelas y re-posicionarla en virtud de la desesperada reacción- en la que no media el significante- (en detrimento de una respuesta, ya que sería otorgarle un considerable estatuto) ante un sistema perverso, que en tanto picadora de carne pinkfloydnezca, cuando no de conciencias, los coloca ante el paredón, con el arma más poderosa que impera el goce. Podríamos de igual modo sostener que sus efectos son



estructurales, ya que se encuentra constituida, pronunciada por los elementos que la componen, no habiendo al menos uno que admita el exilio que lo colocaría, en tanto privilegio, en una posición otra, sustraído a sus desventuras. Por ello, tanto alumnos como docentes y los profesionales que repartimos nuestras prácticas en instituciones escolares, no vemos llamados a hacer algo con ello. Hacer “algo” tal vez cobre sentido cuando en tanto componentes de una comunidad, de un munus (Sztajnrajber, Darío), a partir del cual me reconozco dador, donador, lo cual no implica ganancia sino sustracción, pérdida, sesión en tanto he contraído una obligación con el otro. Tengo una deuda con el Otro. En tanto comunidad educativa nos constituimos en personas unidas por una falta, no sólo de acervo cultural, de contenido pedagógico, sino también nos convocamos a aprender a convivir con el otro.

Soportar una intervención que se contenta con donar al otro alguna referencia, algún marco que haga posible articulaciones con sentido social, ya nos salva del riesgo de embanderarnos en pasionales utopías de pacificación del mundo.

Comprar la realidad que me quieren vender con el márketing del bullying, es parodiar la tragedia de los barrios, de las calles, de los jóvenes aspirados por los residuos de estupefacientes varios. Es además condescender a los infiernos apocalípticos guionados por los mediadores de comunicación de masas. Nuestros alumnos son hijos de esa dichosa suciedad –en vez de sociedad- ¿Qué nos haría pensar que aterrizan enajenados de violencia para aplicarla sistemáticamente contra un compañero de aula? ¿Por qué destinarnos a abordar este fenómeno horrorizándonos hipócritamente? Sin que medie reflexión alguna, nos arremangamos dispuestos al exorcismo. Pero acaso ¿Es esta nuestra función? En tanto educadores no nos podemos permitir desfallecer de nuestra



deuda simbólica para con nuestros otros. Debemos intervenir como habilitantes del lazo social, posibilitando que los intercambios regulen y respeten la convivencia.

Las exigencias están a la orden del día. La sociedad demanda que la escuela se pronuncie en una solución ante este síntoma que toma cada vez mayor notoriedad, desconociendo el lugar en el cual se articula. De este modo, espera que esta institución se conmine a responder en tanto caja de resonancia. En este desplazamiento del foco de responsabilidades opera un conveniente y formidable lapsus puesto que las condiciones con las que tiene que vérselas admiten cada vez un esfuerzo denodado por sostener la subjetividad del alumnado, careciendo por completo de una red de trabajo complementario.

Se idealiza puerilmente a la institución educativa esperando que todo lo resuelva, que se encargue de las inconsistencias de otras instituciones. Si se demuestra superada ante tamañas expectativas, entonces se arguye que la escuela no funciona como debería, que los profesionales demuestran así carencias morales en su ejercicio y por lo tanto, se desliza rápidamente la hipótesis sobre cierta ineptitud en el servicio que ofrece. Resulta insoportable que esta institución no responda a todo, no solucione todo, no salde la falta en el Otro. ¡Como si esto estuviera entre sus posibilidades!

Si el maltrato consiste, en su ponderación más radical, en la negación del otro, el espectáculo va a desplegar todo su volumen. ¿Por qué pensar que esto sólo tiene lugar al interior de la escuela? ¿Cuáles son los atributos que especifican su recorte operacional para definirlo “acoso escolar”? Acaso las relaciones, o mejor conexiones efímeras-tal como se caracterizan estos nuevos lazos superficiales, epidérmicos- se encuentran inmunes a padecer la violencia del otro? ¿Es posible pensar que nuestros alumnos no



reproduzcan el acoso generado desde otro lugar, en la escuela cuando suele constituirse en el terreno privilegiado para hacer oír todos los ruidos? ¿Puede la escuela abstenerse de la realidad en la cual está inserta? Pensar que el acoso es escolar escapa a cualquier silogismo clásico. Obedece a una lógica psicopatológica, cuyo beneficio radica en la segregación tanto de uno como de otro, tanto del violentado como del que ejerce la desregulación. Ley de la oferta y la demanda que no ofrece dilación ante la sentencia que guillotina al portavoz. Lo que no se intenta sacar a la luz es el trasfondo desde el cual se producen estos desencadenamientos.

No debemos olvidar la dimensión política de la invención del bullying puesto que con ello se aceitan los mecanismos de regulación que garantizan la urgencia de las consultas múltiples. El bullying responde a una *microfísica* –al decir de Foucault- que lejos de toda ingenuidad, ubica la responsabilidad en torno a la violencia en el ámbito en el que se imparten objetivos pedagógicos y resuenan prácticas programadas por el Otro de la perversión. Las condiciones históricas y materiales permiten el desplazamiento que soporta su imperativo. Este relajo en el proceder es promovido por la dignidad del discurso hegemónico y responde a la artificialidad de su propio texto. Demanda que hablemos de bullying y entonces nuestras prácticas “deben” conducirse con arreglo a este fin. Tal vez a esta etiqueta todavía se la puede seguir exprimiendo, y por ello otros modos de atentar contra el otro y arrancarlo de su condición subjetiva, como lo es todo el material que se le convida al voyeur, no ocupe, por ahora su lugar en la escena. Todavía parece no ser el momento ¿Hace falta excederse más? Mostrar cómo puede ser doblegada la ley para reducirlo al otro a un desecho.



Se promueve una existencia virtual, mucho más higiénica en la relación con un otro virtual, también. En la danza de las apariencias me conecto a través de un lenguaje sin piel, un binarismo económico y efímero acorde a los tiempos que corren y al imperio de este Otro del posmodernismo. Un destacado filósofo y didacta se problematiza: “¿Quiénes somos? ¿Somos solos o somos siempre con otros? ¿O somos el otro?” (Sztajnrajber, Darío)

Las escuelas, tienen su extensión alquilada a los desamarres generados por el minuto a minuto de las publicaciones subidas vía facebook. La alteridad generacional se recorta en tanto condición apriorística a sostener para donar significaciones en el Otro. Como docentes, uno debe permitir con una misma generosidad, la apertura de espacios que se entrecrucen pero al mismo tiempo sean irreductibles. En vez de proseguir sin cesar en un lenguaje fatalmente inadecuado, tenemos que promover el lazo. En cada acto, en cada intervención afortunada, denunciamos el modo en el que ejercemos nuestra adultez, y al hacerlo, somos hablados más allá de nuestro desenfado por detener la cadena, y ello habla de la lectura que logremos respecto a la falta en el Otro.

Es necesario abordar y sostener las diferencias simbólicas entre aquello que se circunscribe a lo privado y lo que destinamos a ofrecer al dominio público. Educar también significa respaldar la apuesta subjetiva en el otro, simbolizar los intercambios, diversificar en una jerarquía de las atribuciones los modos de considerar al otro y de esperar similar dignidad en las respuestas. Por otro lado, también significa abogar en detrimento de las pretendidas conexiones, ante lo cual operaría un reduccionismo semejante al esquema esgrimido por las neurociencias.



La permeabilidad con la que opera la condición extimia de lo público/privado, atenta contra el carácter único, irrepetible, fragua de la historia que lo subjetivó tal. Lo sagrado termina siendo profanado en este ejercicio que no admite una puntada pacificadora. Promover la dignidad de los otros, produce en tanto efecto *nächtraglich*, mi reconocimiento como interlocutor válido, elevado a la misma potencia. Si trabajo por el sostenimiento de la subjetividad del otro, de algún modo, estoy laborando por mi propia condición subjetiva. De otro modo, pierdo la pulseada del Otro de la perversión. En vez de pulseada, todos los letreros indican que la salida creativa sería pulsionar destinos.

Estos son tiempos en lo que convendría operar un retorno y arriesgarse a desempolvar cajones que clausuramos con el advenimiento de la modernidad y con ello olvidamos algunos presupuestos renacentistas como muy bien son representados en la *oratio pro homini dignitate*.

Ante al desfallecimiento de la ley, ante la caída de los grandes relatos y con ellos de las instituciones, entre las que contamos a la familia, la escuela sigue siendo un marco de contención subjetiva, que todavía puede generar articulaciones simbólicas que pacifiquen la convivencia, y que el otro no signifique un mero soporte de mis prácticas, sino la condición de mi humanidad. Sostener una propuesta cultural que metaforice la producción y reproducción de los intercambios, tal vez nos permita enlazarnos a nuestra condición muy otra. Podemos hacer de la oración por la paz, un ideario que sintetice el vínculo con el otro en el cual me reconozco, "...porque es dando como se recibe..." (Anónimo, 2014), amor, perdón, unión, verdad, fe, esperanza, luz, alegría. Mi vida en el otro a pesar de mi ausencia. El amor nos conecta un poco más con el otro y nos saca de nuestra mismidad. Es la apuesta que nos queda.



YA QUE AMARNOS LOS
UNOS A LOS OTROS NO
RESULTA ¿POR QUÉ NO
PROBAMOS AMARNOS
LOS OTROS A LOS UNOS?



REFERENCIAS

Anónimo. (2014). Oración por la paz. *Wikipedia* , 1.

Bachelard. (1 de junio de 2014). La estructura de las revoluciones científicas.

Cerati, G. (Compositor). (1992). *Dynamo*. Capital, Buenos Aires, Argentina.

Páez, F. (Compositor). (1998). *Al lado del camino*. Capital, Buenos Aires, Argentina.

Sztajnrajber, Darío. (s.f.). *Mentira la verdad*. *Comunidad* . Buenos Aires, Capital, Argetnina.

Prieto Quezada, M y otros. (2011). *Bullying, maltrato entre alumnos*. Novedades educativas. Buenos Aires, Argentina.

Ministerio de Educación de la Nación. (2013). *Jornadas escuela, familias y comunidad*. Buenos Aires. Argentina.



Foucault, M. (2008). Las palabras y las cosas. 2° edición, Siglo XXI Editores. Argentina.

Dor, J. (2000) Introducción a la lectura de Lacan. El inconsciente estructurado como un lenguaje. Gedisa. México

Cerati, G. (1993) Zona de promesas. Buenos Aires. Argentina

Lelouch, C (1981) Los unos y los otros. Película. Francia.

Lavado Tejón, J "Quino". (2007) Toda Mafalda. Ediciones de la Flor. Buenos Aires. Argentina.

Lacan, J (2003) Escritos 2. Siglo XXI Editores. Buenos Aires. Argentina.

Freud, S (1986) Obras Completas. Amorrortu Editores. Buenos Aires. Argentina.

Foucault, M. (2002) Vigilar y castigar. Siglo XXI Editores. Buenos Aires. Argentina.

Roudinesco, E. (1998) Diccionario de Psicoanálisis. Buenos Aires. Argentina.

Millot, C. (1998) Gide, Genet, Mishima. La inteligencia de la perversión. Buenos Aires. Argentina.